

RELATO

MAX

TRES DÍAS EN LA VIDA DE IVAN DESHINOVICH

Obviamente yo no soy Ivan Deshinovich, ni he conocido a Solzhenitshyn, sino “MAX”, y el título de esa obra viene al caso que me ocupa, que es lo que he vivido en los entretenidos y diversos días de un fin de semana reciente. Veamos:

Viernes, 10 h a.m. Aula 15, entresuelo, 4º curso de Historia, Facultad de Letras. Un cierto desorden en la clase. Unos, sentados; otros, sobre los bancos; aquellos, de pie en la tarima. *¿Qué pasa aquí?* pregunté al entrar *¿Es que no hay clase? Sí pero, por lo visto, vienen tres de una gestora contra el maltrato a los animales a darnos una charla,* dijo Lorena, que se sienta en la bancada posterior a la mía. *¡Caramba! ¿Y eso?*, exclamé un tanto mosca.

Al poco, entraron dos tipos y una señora, y con ellos Serafín, el adjunto de Moderna. La gente se acomodó en sus lugares habituales y se dispuso a ver qué nos traían. Serafín nos largó un prólogo de circunstancias y cedió la palabra a uno de los ponentes, que lucía melena leonina, barba nazarena, camisa a cuadros, jersey de punto, vaqueros sucios y botas *segarra*.

¡Por las barbas del Profeta, qué mitin, y qué malos modos! Empecé a sentirme molesto, ofuscado y tenso. *No sé cómo va a acabar esta vaina. Esto es una encerrona*, cabilé.



Autor: Mariano Aguayo

Sábado, 9'30 h a.m. Mi padre se empeñó en que fuera con él a lo de Las Brañas. En la junta, en esa taberna de Aliseda, había un barullo considerable. Mucho verde goretex, mucho sombrero, plumas, pines y demás gollerías. Nos sentamos en la mesa de Paco y mi padre me presentó a varios monteros. El léxico escatológico es frecuente y la prohibición del cigarro se la pasan por abajo. **Qué tíos.** Al cabo del café y las migas, Javier Campoblanco, capitán de montería, convocó a la gente, que se arremolinó en su entorno. Subió al capot de un coche y leyó armadas, puestos y nombres. Cuando acabó, padrenuestro, avemaría y gloria, y tres vivas: a España, al Rey y a la montería.

Algunos contestaron berreando y hubo jolgorio general. Salimos en el toyota de Eduardo. Por cierto, no sabía dónde nos había tocado. *Lo sabrá mi padre*, supuse.

Domingo, 9 h a.m. Quedé con Chente para ir a dar unas manos a La Quijada, esa finquita de su padre, en la que hay muy poco, pero se caza que da gusto. Hacía un frío glacial y cuando llegamos aún había, en las umbrías, carámbano en algunas charquetas. "Mirto", el podenco de Chente y "Ari", mi bretona, se llevan muy bien y no se distraen en la faena. Dejamos el coche en la casa, que está en un arapil con moheda de encinas y nos echamos a andar por una besana en barbecho. Chente, a mi derecha y bastante alejado. Chaleco y repetidora. A mí no me va el chaleco de caza. Yo, mochila y canana. Salgo a mi padre; muy poco dado a moderneces. A lo que vamos.

Viernes, 10 h a.m. Después de la perorata del barbudo encrespado, la señora, o señorita, con un "power point" nos acribilló con fotos de animales muertos, sobre todo toros. Las escenas consabidas de estoconazos infames, banderillas sanguinolentas y otras lindezas; amén de perreros metiéndole el cuchifarro al venado hasta el corvejón. ¡Virgen Bendita! ¡Qué modo de presentar los toros y la caza! Buena parte de mis compañeros de clase, sobre todo compañeras, prorrumpían en exclamaciones de espanto.

A la postre de aquella exhibición de maltrato animal, un tercer ponente, de antiparras redondas en la punta de la nariz, dijo que si había preguntas. Levanté la mano y dije: "Oiga ¡y los deberes?". "¿A qué te refieres?" me dijo. "Digo que si los animales tienen derechos, tendrán deberes también ¿no? ¿Me puede explicar cuáles son las obligaciones de una liebre, por favor?". Se armó un cacao fenomenal. El del mitin me miró con ira y parecía que de un momento a otro me saltaría al cuello. "¿A ti no te afecta la tortura y muerte de los animales, chico?" me increpó. "Sí señor, y mucho. Mi padre se gasta un pastón todos los años en conservación: Hacen comederos, bebederos, controlan el equilibrio de especies, etc; y todo para



que haya vida silvestre”. “¿Y luego la matan! ¿no?” replicó. “No, señor, ni el 10% se caza. Si dejáramos aquello a la buena de Dios, en un año no quedaban allí ni las ratas”. Unos y otros me gritaban e increpaban. Me levanté y desde la puerta les hice un gesto con la mano. Que les den.

Sábado, 11 h a.m. La tablilla del 8 estaba cerca del carril, en una raña inclinada hasta un barzal fragoso. Lucía ya el sol del último otoño y parecía una bella mañana de montería, aunque, la verdad, prefiero los días grises y la llovizna. Sentamos nuestros reales, es decir, mi padre abrió el catrecillo y tomo asiento; yo, de pie y con un “sako 300” entre las manos. El del puesto 7 no se veía, pero si el del 9. Era uno de aquellos

sevillanos con zahones y sombreros aparatosos que me habían llamado la atención por su aspecto pintoresco. Apenas tomamos posesión de nuestro puesto cuando el tipo largó un tirascazo sin ton ni son. Mi padre se puso de pie gesticulando e interrogando al montero que a qué le había tirado. “¡A nada! Es para probar el rifle” parecían decir sus gestos. La madre que lo trajo.

Domingo, 11’45 h a.m. En un rodal de monte bajo, cerca de un venero, “Ari” se quedó haciéndome la muestra. Salió la rabona y el primer tiro se lo dejé un metro trasero, pero algún plomo del segundo le entró en los bajos, porque dio un encurujón y siguió corriendo, pero menos. Traspuso el raspil y la perra tras ella. Un momento después oí los chillidos de la pobre liebre, a la que los dientes de “Ari” le quitaban la vida. Apareció con ella en la boca y me la trajo. Un liebrazo macho. La estaba metiendo en la mochila, cuando oí el silbido de Chente. “Mirto” había levantado dos perdices, una voló hacia delante y la otra volvió para atrás, volando entre los dos. No le tiramos y ambas se fueron a criar. Suerte la suya. Un rato después, él bajó una torcaz despistada, que se dejó sorprender, y además empioló un conejillo que le había sacado “Mirto” de unos barruecos de granito. Llegaba el mediodía y pusimos rumbo a la casa de La Quijada.

Sábado, 12’15 h a.m. “¡Tírale, leche, tírale!” decía mi padre cada vez que asomaba una zorra. No tiene remedio: lo que le gusta zumbarle a las raposas. “¡Papá, que estamos de montería, hombre!” Salieron cuatro o cinco zorras de la mancha y si por él fuera les hubiera disparado a todas. El que no se quedaba con las ganas de darle al dedo era el sevillano. ¡Par-diez!, qué tiroteó el que organizó aquella mañana. Menos mal que no parecía muy certero con el arma porque dejó por allí, a lo sumo, un par de zorras y una o dos ciervas, las pobres. Al cabo, y con las protestas de mi padre a cuestras, llegó un navajerete regular y lo paré de un plumazo alto. Para que no sufriera, lo fulminé con otro. Bueno, hubo algo de suerte, al fin y a la postre. ¡Que le tires a las zorras, coj...!, gruñía mi padre.

Viernes, 1'30 p.m. En el bar de la facultad, en torno a una mesa, unos cuantos estudiantes conversan. *¿A cuento de qué, esta gente en clase?* Pero si es que los toros y la caza no tienen sentido hoy día. *Pues anda que esos: mucho predicar, pero venga poner el cazo.* ¿Y no te da pena matar a los animalitos? *¿Y tú no comes chuletillas de angelicales corderitos?* Los toros son un espectáculo bárbaro y brutal: un horror. *El día que no haya corridas, se acabó la especie.* Y vuelta a empezar. La eterna cuestión.

Domingo, 2'30 h p.m. El frío nos esmorecía. En la casa de La Quijada hicimos lumbré y comimos una lata de sardinillas picantes y unas lascas de jamón con pan de pueblo. Luego, unos cigarritos mirando las llamas en el alcabor de la chimenea, con “Míro” y “Ari” hechos un ovillo a nuestros pies. A las cuatro y media nos fuimos a una charca cercana a esperar a los patos. Cuando el crepúsculo del ocaso apagaba las luces del cielo raso y el frío se nos metía en el alma, y cuando la luz grana de poniente se rendía a las sombras, salimos a cobrar lo abatido. Cinco azulones para el maletón del coche y el cansancio vivificante de una grata jornada de caza.

